

(02066)

El que con niños se acuesta...

—La joya del Rayo (1ª parte)—

Los campos de entrenamiento de las categorías menores del Rayo de Mospintoles están siempre muy concurridos. Padres y abuelos y tíos y primos sobre todo, pero también muchas jovencitas ahora que Piquito acude con regularidad a colaborar con los entrenadores en sus tareas.

El joven campeón enseguida empatizó con los técnicos de todo aquel tinglado: alevines, infantiles y cadetes, incluso juveniles... El Rayo se ha ido haciendo cargo del fútbol base en Mospintoles, nuestra pequeña ciudad del cinturón metropolitano sur de Madrid.

El club, ahora sociedad anónima deportiva por imperativo legal, poco a poco fue absorbiendo el trabajo de base de los otros dos clubes de fútbol locales gracias a la popularidad adquirida, fruto de los excelentes resultados deportivos, hasta fagocitar los equipos de base de ambas entidades que militan en la categoría regional, cosa que aceptaron de mala gana al principio, aunque pronto se dieron cuenta de las ventajas que ello reporta.

El Rayo ofreció al ayuntamiento un convenio justo por hacerse cargo del fútbol base de la ciudad, permitiendo que los otros dos equipos disfrutasen de las ventajas que conlleva ejercitarse en los mismos campos de entrenamiento de la entidad profesional que preside López. El empresario, hábil como nadie en el mundo asociativo del fútbol, también estableció convenios con ambos clubes.

En definitiva, todos salieron ganando. El Ayuntamiento vio alejarse las estériles disputas por un quítame allá esas pajas entre los clubes de Mospintoles en las que estaba obligado a mediar como propietario y anfitrión. El Rayo obtuvo derechos y ventajas que eran justas a cambio de asumir el papel de hermano mayor –y pudiente– capaz de tomar decisiones; y los otros dos clubes, rivales en lo deportivo, dieron por concluida la época en que las penurias económicas y la dejadez del Ayuntamiento mantenían aquellas instalaciones en permanente estado de abandono, e incluso pueden disfrutar de buena parte de los equipamientos que adquiere el Rayo para el adiestramiento de sus profesionales.

Así están las cosas desde hace no tantos años; desde que el Rayo ascendió a Segunda B y Piquito comenzó a destacar como cadete. Meses atrás, lesionado pero en fase de recuperación acelerada, recibió la llamada personal de López para que acudiera todas las tardes a prestar ayuda y colaboración al plantel técnico de los equipos de base.

La idea de López fue ocupar el tiempo ocioso de Piquito. El chaval, al final del periodo de rehabilitación y aún sin poderse entrenar con su equipo, disponía de

mucho tiempo libre por las tardes. Así que López discurrió ocuparle esas horas para evitar las más que seguras correrías de Piquito con sus colegas del barrio.

El joven as mospintoleño no tardó en encontrar su sitio en este entramado, siendo aceptado de inmediato por chiquillos y mayores. Su compromiso fue a más hasta el punto de que para cuando comenzó a ejercitarse con el equipo profesional en horario matutino y vespertino no abandonó su dedicación (no remunerada) en los campos de entrenamiento con los niños.

Aquí ha ido aprendiendo los trucos del oficio de entrenador de base, que no tienen mucho que ver con los del entrenador de elite. Ha aprendido a tratar con los chiquillos como responsable de un grupo, a programar rutinas, a diseñar entrenamientos específicos, a planificar los partidos...

Se había proyectado la reaparición de Piquito para el domingo de resurrección, partido a disputar en casa, a fin de no apurar su recuperación. Ahora que pronto volvería a jugar, trataba de organizar su tiempo para no fallar con su equipo ni con los infantiles, categoría a la que finalmente fue asignado.

Aquí Piquito conoció y sintonizó con Miguelito. Ambos tienen mucho en común. Miguelito es un alevín de segundo año, pero fue promocionado al primer equipo infantil al comienzo de la temporada a fin de mantener su evolución, y el crío se ha adaptado a la categoría. Lo mismo le ocurrió a Piquito no hace tantos años.

Miguelito sólo tiene ojos para Piquito. No se ha perdido ningún partido del ídolo local desde que el Rayo ascendiera. Y cuando Piquito fue asignado a su equipo, el niño vio en él más a un amigo que a alguien a quien idolatrar. Piquito por su parte ha sido siempre muy niño, por lo que ambos simpatizaron de inmediato, haciéndose cómplices en el campo de juego.

Cuanto Piquito demostraba una acción del juego –cuando ya tuvo permiso del galeno del equipo para tocar el balón–, Miguelito lo imitaba e incluso lo superaba. Las charlas entre ellos han sido constantes. El niño quiere saberlo todo y su curiosidad no tiene fin. Y Piquito se siente a gusto ejerciendo de padrino deportivo del crío. Piquito se ha mostrado igual de cordial con todo el equipo, pero es innegable que ha saltado la chispa entre ambas promesas del fútbol mospintoleño, una ya casi consolidada.

El pequeño diamante podía volar en cuanto cualquiera de los grandes fuera advertido –y Miguelito destacaba de verdad–, por lo que el cuerpo técnico había llamado la atención de la directiva. Se rumoreaba que el Barça, con su mentalidad de considerar al mundo como cantera, había rondado por el domicilio del niño. Empero, con el Real Madrid, López había establecido un pacto de no agresión.

El propietario de Industrias López, atento a todo cuanto ocurría en cualquier plano del organigrama deportivo –de hecho ha empezado a descuidar asuntos importantes en otras empresas del holding porque se sabe respaldado por Basáñez, en quien tiene plena confianza–, había soñado en un futuro Rayo con Piquito y Miguelito como buques insignia. Dos perlas de la cantera separadas por ocho años... Así que necesitaba más líderes.

Sabido es que de la cantidad sale la calidad, de la calidad surge la elite, y la elite llama a la cantidad, cerrando así el polígono sobre el que se asienta el crecimiento deportivo, y por esto se propuso lanzar la imagen de Miguelito como próxima figura del Rayo, teniendo planificado su futuro hasta que cumpliera la mayoría de edad, cuidando todos los detalles de su educación siempre bajo la supervisión de sus progenitores. López pretendía atraerse la atención de otros jóvenes valores al sur de la ciudad de Madrid, o de sus respectivos padres para ser más exactos, y no tuvo mejor idea que convocar a TeleMadrid a través de Susana Crespo, la *dircom* del Rayo, y en la que estaba personalmente interesado, cuestiones profesionales aparte. López estaba dispuesto a invertir dinero en la creación de un Lezama o una Masía madrileña.

Por eso aquella tarde los campos de entrenamiento estaban más concurridos que de costumbre. A la buena marcha del equipo infantil se sumaba el hecho de que Miguelito, alevín que destacaba con luz propia entre muchachos que le aventajaban en dos años, iba a ser entrevistado por la televisión autonómica.

* * * * *

López quedó sorprendido cuando vio en la cámara el logo de la televisión local que operaba en la comarca, y llamó aparte a Susana, un tanto disgustado.

—Creí haber dejado claro que el reportaje debía contar con la cobertura de TeleMadrid.

—Tranquilo, jefe –era la manera en que Susana se mostraba mordaz con quien era algo más que su jefe–, es un acuerdo entre cadenas. En vez de desplazar una unidad móvil, TeleMadrid sólo envía a la entrevistadora, y la grabación y edición son confiadas al canal local.

—¿Pero lo harán bien? ¿Serán profesionales?

—Eso opinan en TeleMadrid, no crees, López –Susana bajó la voz al tutear a López–. De lo contrario no confiarían en ellos.

López captó el sarcasmo y Susana captó su malestar por el sarcasmo, por lo que tranquilizó al empresario, que al fin y a la postre era quien ponía la pasta para la entrevista:

—Confía en ellos, en los acuerdos entre cadenas a veces llegan a cederse personal. La entrevista la realiza personal de TeleMadrid. A ella la reconoces, ¿verdad? –preguntó Susana señalando con la barbilla hacia una mujer que caminaba hacia el lugar donde se había emplazado la cámara.

Mientras los técnicos montaban el dispositivo de grabación y el nutrido público asistente ocupaba la pequeña grada de escalones y los chavales se ejercitaban en los campos de fútbol del complejo deportivo Mospintoles-2, la entrevistadora preguntó por Miguelito.

—Es aquel chaval de melenita suelta, el que ahora tiene el balón –informó Susana.

—Se ve que tiene calidad –dijo la presentadora–, no hay más que verle tocar el balón.

—Quería alertarte sobre algo, si estimas mi aportación –intimó Susana haciendo un aparte con la entrevistadora.

—Tú dirás –dijo algo distante la de la capital mientras el cámara filmaba las evoluciones de Miguelito sobre el césped.

—Supongo que tendrás un guión para la entrevista.

La conductora del reportaje enarcó una ceja por toda contestación, así que Susana prosiguió:

—No esperes a un chico normal. Es muy ágil mentalmente y apostaría a que te rompe el esquema más de una vez.

—Tranquila maja. No es más que un mocoso de doce años. Sé cómo tratarlo. Tengo dos hijos de esa edad.

Susana sonrió y fue junto a López:

—He tratado de advertirla sobre las respuestas de Miguelito... Supongo que todo saldrá bien. En el peor de los casos cortamos la grabación y la retomamos en el punto más adecuado a nuestros intereses. Trataré de que me dejen supervisar la edición, pero no estaría de más que lo pidieras expresamente.

—¿Nos costará más dinero? –quiso saber López.

—No tiene por qué... Ya hemos dejado claro que anunciamos tus empresas en la cadena a cambio de una buena información deportiva. Sólo pides que la posproducción sea supervisada por tu directora de comunicación... pero di tu personal técnico, para no levantar reticencias.

Miguelito estaba haciendo de las suyas en el campo, y el cámara tomaba buena cuenta de ello. A una señal de López el entrenador envió a Miguelito hacia aquel lugar, con la grada y el gentío detrás. Piquito también tenía directrices de llegarse hasta las cámaras con Miguelito, y ambos venían hablando de algún punto táctico que Piquito le explicaba al niño con gestos cortos de las manos. Todo estaba siendo captado por el teleobjetivo.

Miguelito, un chico de melenita morena y suelta que le llegaba por los hombros, grandes ojos negros, tez tostada por el sol y con una afable sonrisa natural, se colocó donde le dijeron y comenzó la entrevista.

Tras el prólogo de rigor en el que el chaval se presentaba y explicaba cómo le iba en el curso escolar (y no le iba nada mal, por cierto), destacando sus

asignaturas favoritas, para luego señalar su situación familiar (era hijo único), la presentadora dio paso a una rueda de preguntas de corte futbolístico.

—¿En qué posición juegas?

—Me están probando en todas. Desde media punta a extremo. Siempre por delante del medio campo.

—¿Pero así no podrás rendir a tu gusto?

—No lo sé... pero estoy aprendiendo un montón de estas rotaciones. Aprendo mucho de cada posición en la que juego. Y ya veremos en cuál acabo jugando.

—¿Pero tú, en cuál te encuentras más a gusto?

—De media punta, entrando con el balón en los pies. Me gusta mucho el regate.

—Y a quién te gustaría más parecerte, ¿a Cristiano Ronaldo o a Messi?

—Yo de profesional quiero parecerme a Piquito.

El gesto de asentimiento con que la presentadora iba siguiendo las respuestas de Miguelito quedó congelado en su cara, pero su rostro no estaba siendo enfocado en ese momento, y el delator silencio que siguió sería eliminado en el montaje.

—Pero quién te gusta más, ¿Cristiano Ronaldo o Messi?

Aquella segunda pregunta tenía trampa... Era una buena profesional, pensó Susana. Forzando a Miguelito a responder, la respuesta sobre Piquito podría ser eliminada en posproducción. Ella misma se encargaría de que a esa respuesta se le diera el valor que realmente merecía.

—De Cristiano Ronaldo me gusta la planta que tiene en el campo, su compromiso con el equipo y su entrega en los partidos. De Messi me gusta su humildad, tanto en el campo como en las pocas entrevistas que se le ven, y por supuesto su control del balón.

La periodista torció el morro pensando cómo engranaría aquella respuesta con la pregunta inicial.

—Y para ti, quién es mejor: ¿Ronaldo o Messi?

—Cada uno tiene cosas muy buenas que no tiene el otro. Es que si los dos fueran buenos en todo serían iguales —rió Miguelito que se negaba a dar un nombre.

—¿Crees que Messi es el mejor jugador del mundo?

—Messi es el mejor del mundo conduciendo el balón, pero Cristiano Ronaldo a mí me parece más completo.

La entrevistadora decidió cambiar de tercio:

—¿Qué te ha parecido el éxito de la selección española? —y tras una mínima y hábil pausa—: ¿Te gustaría jugar en la selección y ser campeón del mundo tú también?

—¡Qué pregunta más tonta...! ¿Y a quién no? Todo el mundo quiere jugar en la selección y ser campeón del mundo.

Ni la pregunta ni la respuesta saldrían a la luz, pensó la presentadora, que estaba empezando a perder su guión de vista, anclada aún en las respuestas anteriores de Miguelito y valorando cómo estaba quedando ella.

—¿Qué jugador español te gusta más?

—Piquito, ¡ya se lo he dicho antes! —dijo Miguelito encogiéndose de hombros.

—Quería decir de la selección... —y tras una marcada pausa—: ¿Qué jugador de la selección te gusta más?

—¡Ah! haberlo dicho a mí Casillas —dijo Miguelito sin hacer ninguna pausa... Otra pregunta arruinada so pena de que la entrevistadora saliera mal parada ante un niño de doce años. Al final iban a tener que recurrir al burdo recurso de cortar las preguntas haciendo un fundido entre cada respuesta, pero de esa forma la profesional perdía protagonismo... y para eso, la cadena se hubiera evitado los costes de desplazarla a Mospintoles.

—Pero Casillas es portero... —dijo la reportera tratando de atajar a Miguelito.

—¡Ya!, pero a mí es el que más me gusta.

La periodista empezaba a estar algo amoscada con Miguelito y decidió picar al crío a fin de sacarlo de aquella seguridad aparente... sin pararse a pensar que en realidad no era más que la naturalidad del chiquillo.

—¿Por qué te gusta Casillas? ¿Porque tiene una novia guapa?

—Pero si la novia no juega al fútbol —dijo Miguelito mirando a la cámara y subiendo los hombros a la vez que arrugaba la nariz mostrando sus blancos dientes levemente, un gesto desdeñoso como si quien le preguntaba se hubiera vuelto loco. La periodista recordó en aquel momento la advertencia que había rechazado hacía unos minutos, por lo que decidió entrar en conversación.

—Y de los de campo, ¿quién te gusta más o a quién te gustaría parecer?

—Es que no es lo mismo.

—Bueno, pues explícate...

—El que más me gusta es Fernando Llorente, pero yo no me voy a poder parecer a él.

—¿Y eso por qué...?

—Porque Llorente mide uno noventa y cinco y a mí me han hecho unos estudios en el Rayo y parece que no voy a crecer mucho más de uno setenta y uno. Así que mi fútbol no va a poder ser el de él.

—Y de los que si te puedes parecer, ¿cuál te gusta más?... De la selección, ¿eh?

—Villa, Xavi, Iniesta...

—Bueno..., los tres son del Barça...

—¡Ah!, pero me has preguntado de la selección, y los tres son de la selección.

El silencio que siguió fue demasiado largo para lo que es aceptable en televisión... La entrevistadora miraba fijamente a Miguelito: le apetecía darle un pescozón. Pero antes de que pudiera añadir algo más, Miguelito, que se le había quedado mirando fijamente, remató:

—Pero también me gustan mucho Xabi Alonso y Sergio Ramos. ¿Te quedas más contenta...? Pero que conste que me habías preguntado de los que yo me podría parecer...